

LIBROS

Félix Grande: Vociferar socorro

Félix Grande acaba de asumir la dirección de una colección cuyos primeros títulos son de una audacia innegable: "Guarnición de silla", de Alfonso Grosso, y una antología de Carlos Edmundo de Ory, enlace entre el surrealismo y las nuevas generaciones. Grande ha conseguido que se vuelva a prestar atención, y crédito, a Ory; que se vuelva a considerar la obra de Grosso independientemente de las escuelas a las que se le adscribía. Edhosa le ha confiado la orientación de una difícil serie de libros "puente" y ésta es hoy una de sus ocupaciones fundamentales. Redactor-jefe de "Cuadernos hispanoamericanos", galardonado con los premios de poesía Adonais, Guipúzcoa y Casas de las Américas ("Las piedras", "Música amenazada" y "Blanco Spirituales", respectivamente), Grande es un extremeño de 1937, nacido en Mérida.

FELIX GRANDE.—Nacido en Mérida, en efecto, pero formado en Tomelloso, adonde se trasladó mi familia en mil novecientos treinta y nueve.

—Tu infancia y tu primera juventud fueron, se dice, azarosas.

G.—Yo diría, mejor, laboriosas. Fui primero pastor, después, vaquero, repartidor de leche, vinatero y, durante una semana, carpintero. Más tarde, trabajaría en una oficina...

—¿Cómo fue tu salto a la literatura?

G.—Yo primero tocaba la guitarra, quería estudiar música, y me vine a Madrid con una recomendación de García Pavón para Sáinz de la Maza, profesor del Conservatorio. Pero antes había ocurrido algo que para mí tuvo mucha importancia. Una tarde cualquiera, el dueño de la librería de Tomelloso, local que yo visitaba después del diario reparto de la leche en el pueblo, me presentó a un albañil vestido aún con su mono blanco y con las herramientas del oficio en la mano. «Es un poeta», me dijo. Era, ya lo habrás adivinado, Eladio Cabañero. Hablé un rato con él y de aquel encuentro inicial conservo en la memoria una ané-

docta que revela la ingenuidad de ambos entonces. Le dije: «Me gusta la poesía, pero no estos poemas sin rima que se hacen ahora». Eladio me replicó al instante: «Esos poemas son los mejores». Nuestra amistad resultó muy fecunda para mí: por él lei a Vicente Aleixandre y a Dámaso Alonso.

(Félix Grande nunca llegaría a usar la recomendación de García Pavón. Después del trabajo no tenía tiempo ni ganas para asistir a las clases. Hablamos de su primera época madrileña.)

G.—Me coloqué en la oficina de una empresa dedicada a la venta de coloniales y licores. Ganaba cuarenta y tres pesetas diarias. Luego me convertí en vendedor de productos químicos. Hasta que un día me encontré con Luis Rosales: mis padres acababan de llegar a Madrid y yo necesitaba trabajar más, ganar

será un célebre verso de Neruda: «Puedo escribir los versos más tristes esta noche». Por otro lado, en «Cuadernos Taurus», aparecerá «Apuntes sobre poesía española de posguerra».

—¿Qué piensa Félix Grande sobre su oficio?

G.—Responderé con un fragmento de uno de mis poemas inéditos: «Todo mi oficio se reduce a buscar sin piedad ni descanso la fórmula con que poder vociferar socorro y que parezca que es el siglo quien está aullando esa maravillosa palabra. Que salga esta derrota de lo más puro de mi corazón y llegue a los demás impregnada de siglo XX y de universo, como un insulto espléndido cuyo esqueleto es de amor y desgracia. Que advierta que me puse entre los torcidos del mundo para ayudarles a zurrir y defendía la vida con todo mi terror. Cla-

Poesía moral, quizá. Social, no.

—Sin embargo, parece haber en tu obra resonancias de alguna de las escuelas existenciales en boga, aun, cuando empezabas a escribir.

G.—Claro que mi poesía puede llamarse existencial. Lo es fundamentalmente.

—En tu opinión, ¿para qué se escribe?

G.—Se viene desarrollando de una manera modesta, casi nunca espectacular, algo así como una revolución de la conciencia. Es una necesidad que se origina en la rebelión de todos los hombres contra toda desdicha...

—Palabras camusianas...

G.—Desde luego. Quizá las artes, y muy específicamente la música y la poesía, se justifican porque están rigurosamente inmersas en esa lenta y constantemente amenazada revolución que pretende modificar al hombre. Por otra parte, diré que, para mí, la poesía se justifica también, y originariamente, en tanto que actividad creadora de lenguaje. ■ EDUARDO G. RICO (Foto: MALET).

Carlos Gil y los «hippies» de Formentera

Esta nueva casa editora, Dopesa, se ha incorporado a la compleja tarea de publicar libros con evidente prisa. Tal es la razón, quizá, de que en su catálogo figuren ya tantos títulos y tan desiguales. Al lado de los, «a priori», claros «best-seller», como los «Almuerzos», de Pemán, se inscriben otros libros más difíciles, por el orden de su interés, calidad o impacto popular, aunque debemos reconocer que todos ellos responden a una concepción periodística del tema que desarrollan —y son, por tanto, idóneos para un público muy amplio— y que el tema suele provenir de una cuestión muy viva en nuestra sociedad. Los títulos son elocuentes: «Un futuro para España», «La oposición legal», «El poder y la oposición», etc. Por otra parte, los de próxima publicación mantendrán la continuidad: «La España cotidiana», «La penetración americana en España», «La España que no pudo ser», «96 ministros de Franco», «La "cançó" catalana en el banquillo», etc. Es notoria, no obstante, la heterogeneidad de autores y de temas: Vázquez Montalbán y Ramón Serrano, Carlos Alfonso y Rafael Calvo

Serer, Luciano Rincón y Cantarero del Castillo. El signo liberal —en el más abierto sentido de la palabra— que preside la empresa es evidente, pero un juicio valorativo no puede establecerse en un plazo tan corto.

Si puede valorarse, sin embargo, independientemente cada uno de los libros ya aparecidos. De ellos, consideramos hoy el que ha recibido el Premio Mundo de Ensayo, no tanto por la distinción que ha merecido como por su condición de libro riguroso, científico, por más que su tema pueda parecer de escasa entidad, aunque en nuestra opinión la tiene y muy sólida: «Juventud marginada», de Carlos Gil Muñoz, un estudio sociológico sobre los «hippies» realizado en las «colonias» de Formentera.

Carlos Gil Muñoz, especialista en Ciencias Sociales, y autor de múltiples trabajos de investigación en este dominio, se ha enfrentado a su tema a través de una muy meditada metodología. Primeramente obtuvo información por medio de una pre-encuesta, con destino a la preparación de los cuestionarios definitivos. Después llevó a cabo una verificación de los datos obtenidos sirviéndose de tres vías: la observación fenomenográfica, la entrevista y la participación práctica en las actividades de los grupos estudiados. La lectura de los resultados nos permite responder a una serie de preguntas, formuladas generalmente en planos parciales, la psicología, el periodismo a secas, etcétera: ¿qué es un «hippy»? ¿cuáles son su procedencia, sus ideas, su actitud familiar, sus costumbres y organización, su cultura y sus creencias? No es preciso que destaquemos el interés de los datos logrados por Carlos Gil, algunos sorprendentes. Así, de acuerdo con el análisis de Gil, los «hippies» se integrarán en la sociedad establecida, pero todo indica que serán para siempre «extraños» a ella. De sus manifestaciones se desprende que su marginación es la consecuencia de un escepticismo profundo, de un gran desinterés hacia el medio en que se formaron, de una radical aversión hacia los esquemas vitales de sus mayores.

El trabajo de Carlos Gil es más una introducción que un estudio definitivo. Deberá prolongarlo, desarrollándolo en amplitud y hondura. El reducido campo estudiado no permite generalizaciones. Por otra parte, Gil deberá desbordar las estrechas fronteras que él mismo ha impuesto a su vi-



más dinero, y se lo dije. Esto sucedió alrededor de mil novecientos sesenta y uno. Luis me llevó a «Cuadernos Hispanoamericanos». Más tarde vinieron los tres primeros libros, con sus tres premios bajo el brazo. Y los de prosa: «Por ejemplo, doscientas», colección de cuentos, y «Occidente, ficciones, yo», de crítica literaria.

(Grande es un "cortazariano" apasionado, y la huella de este entusiasmo se advierte en su prosa. Pienso que en sus poemas es vallejiano, con cierta nostalgia surrealista.)

G.—A finales de año publicaré «Biografía», tres libros de poemas, y uno más, «Tarranto», homenaje a César Vallejo. También otro cuyo título

mar socorro como el nombre de un dios.

(Esta es la poética de Félix Grande expresada, como se ha visto, en términos líricos. Pero, ¿cómo es el escritor Grande definido en términos a ras del suelo? ¿Es un realista, un apasionado, un esceptico? Le planteamos la cuestión.)

G.—Verdaderamente tengo que decir que sólo desde el escepticismo se puede trabajar. Partir del optimismo me parece una trampa, lo contrario del realismo, la trampa de la ineficacia. Pienso que sólo se puede ser optimista si se es, a la vez, deshonesto. Por eso mi poesía no ha podido ni puede ser considerada «social» según la noción al uso.